LA VANGUARDIA

MAGAZINE CASA

El arte de la calma

TODO LO QUE RECONFORTA

CLASE MAGISTRAL CON MARTA DE LA RICA

LAS MESAS ‘BRITISH’ DE INDIA HICKS

NANI MARQUINA LA MASÍA FELIZ

8 DE NOVIEMBRE DEL 2026 / FOTO: RICARDO LABOUGLE

Cenote brutalista

__ En **Yucatán**, un matrimonio de arquitectos convierte el hormigón, el verde y el agua en **santuario** de introspección __

Texto **BEGOÑA CORZO SUÁREZ**
Fotografía **FABIÁN MARTÍNEZ**

Rusticidd
La arquitectura confía en la textura bruta del hormigón

Santuario de desconexión
Espacio de transición entre interior y exterior de la casa



Contención
El interiorismo es de Paulina Román y Andrés Briceño



Tonos naturales
Habitación principal con jardín privado

Bajo la bóveda
La sala cuenta con una alberca y árboles preexistentes



Relax
La casa rinde homenaje a la cultura yucateca



Antes de que exista una puerta que cruzar, hay un árbol. Es un álamo, especie que, según la tradición yucateca, señala la proximidad de acuíferos subterráneos. Bajo su sombra, un vestíbulo a cielo abierto con cuerpo de agua recibe al visitante como un preludio, en recuerdo de los rituales mayas que precedían el descenso a los cenotes, una forma de preparar el cuerpo y la mirada para lo que vendrá. Es la primera pista de que Casa Gruta en Valladolid (Yucatán, México), no se pensó como una sucesión de habitaciones, sino como un recorrido.

Firmado por el matrimonio de arquitectos Salvador Román Hernández y Adela Mortera Villarreal, con sede en Mérida, este refugio austero y brutalista premiado internacionalmente traduce la lógica espacial de las grutas y los cenotes que perforan el subsuelo calizo de la península en una secuencia pensada con la lógica de un sistema kárstico: túneles que comprimen, cámaras abovedadas que expanden, claros que devuelven la luz. Román y Mortera alternan estrechamiento y amplitud, penumbra y resplandor, para evitar la linealidad de la casa convencional. Román y Mortera idearon esta vivienda como destino para sus propias escapadas y, cuando no la ocupan, se alquila, de modo que otros puedan experimentar, aunque sea por unos días, la sensación de habitar su obra.

El punto de partida es tan antiguo como el territorio. Las formaciones que perforan el subsuelo calizo de Yucatán han sido, durante siglos, umbral entre lo terrenal y lo sagrado. Casa Gruta retoma esa condición liminal y la instala en un programa doméstico contemporáneo que propone la vivienda no como refugio funcional sino como un ejercicio escultórico sobre la percepción del espacio, la escala y la materia.

Tras el vestíbulo, el visitante encuentra un cuerpo de agua intervenido por Andrés Briceño con chultunes -cisternas mayas-. Este prólogo continúa por un túnel en penumbra que distribuye el programa y funciona como ventilación natural.

El recorrido se abre a una habitación con patio privado, ducha exterior y espejo de agua, seguida de un gran espacio común bajo una bóveda de hormigón donde conviven sala, comedor, cocina y piscina. Aquí, destaca la tensión entre masa y vacío, mientras el hormigón pigmentado en verde grisáceo cambia con la luz, la madera de cedro aporta calidez y los acentos dorados remiten a los minerales del subsuelo. En el espacio irrumpe un cilindro con una escalera helicoidal que lleva a la azotea.

En la planta baja, otras dos habitaciones con patio. En la principal el agua rodea un flamboyán. "El árbol es el protagonista absoluto. Decidimos no tocarlo. Construimos con él, no contra él", señala Román.

La paleta material se mantiene deliberadamente austera, extraída directamente de los tonos y texturas que se encuentran en cenotes: blancos calizos, grises minerales, superficies que absorben y cambian con la luz a lo largo del día. El interiorismo, a cargo de Paulina Román y Andrés Briceño, prolonga esa misma contención: mobiliario mínimo, superficies desnudas, un vocabulario que ensalza la arquitectura.

El paisajismo, firmado por Archivo Vegetal junto con Paulina Román, se cuela entre los volúmenes de hormigón, suavizando la dureza mineral y recordando que, bajo la superficie de Yucatán, la piedra y la vida vegetal han convivido siempre en un mismo sistema.

Frente a la velocidad y la saturación, la casa insiste en la pausa, en el tiempo geológico, en la diferencia entre lo efímero y lo permanente. El juego de luces y sombras que atraviesa los 254 metros cuadrados construidos hace visible el paso de las horas e invita a detenerse en él.

Es una idea que atraviesa toda la práctica de Román y Mortera, que entienden cada encargo "como una oportunidad para crear una experiencia de vida con una narrativa cautivadora. Más que simplemente resolver necesidades espaciales, buscamos dar forma a un concepto y un estilo de vida que surjan de una profunda comprensión de las necesidades, preferencias y sensibilidades de quien va a vivir ahí". En este caso, han construido para sí mismos un santuario que parece tallado más por el tiempo que por la mano humana.



Vistas al flamboyán
La habitación principal cuenta con jardín privado